

LA PLUMA MÁGICA

Sergio Gómez Hernández

Érase una vez un niño llamado Jaime que soñaba con escribir cuentos. Soñaba de noche y de día. Soñaba a todas horas. Pero había un problema: a nuestro pequeño héroe no se le daba nada bien eso de contar. Cuando, por ejemplo, veía una película en el cine o una función en el teatro, luego no se acordaba de la historia; cuando tenía que hacer una redacción para la escuela, se quedaba en blanco. A Jaime todo esto le resultaba de lo más frustrante.

Un día caminaba de regreso a casa cuando se le apareció una anciana cuentacuentos. Era bajita, andaba algo encorvada, vestía un traje de llamativos colores y tenía las orejas acabadas en punta. La cuentacuentos dijo: «Hola Jaime. Vengo de la tierra de la Fantasía. Un pajarito me ha dicho lo que te ocurre. Toma.» Y sacó una pluma y un bote de tinta. Después continuó: «Es una pluma de escritor profesional, de esos que tienen carrera y todo. Te servirá para escribir los cuentos que desees.»

Jaime aceptó el regalo y respondió, más contento que unas castañuelas: «Muchas gracias, anciana cuentacuentos. La usaré siempre a partir de ahora. ¡No habrá cuento que se me resista!»

A partir de aquel día Jaime fue capaz de escribir montones y montones de cuentos sobre platillos volantes, reyes y magos, gigantes y enanos... hasta que una tarde la tinta se acabó. «¡Vaya! ¿Cómo escribiré a partir de ahora?», se lamentaba Jaime.

Seguro que os preguntáis qué pasó entonces. Pues que había escrito tantos cuentos que, sin darse cuenta, se había convertido en un escritor casi profesional. Así, Jaime siguió escribiendo con su propia tinta durante años.

Ya de viejo, Jaime pudo contar a sus nietos el propio cuento de su vida y cómo, si usáis la imaginación y deseáis algo con toda vuestra fuerza quizá algún día se os aparezca una anciana cuentacuentos y os eche una mano.

FIN

Críticas y comentarios: sergio.gomez.hernandez@gmail.com